

La mediocridad como factor de violencia: entre la Ética y la Moral*

Ricardo Romero Urrego**

Resumen

En las circunstancias actuales de nuestro país, ha venido haciendo carrera la actitud de no responsabilizarse por las propias acciones. Asumir que son otros los que deben hacer las cosas y tomar las decisiones. Esta actitud va reflejándose cada vez más como mediocridad y se expresa en no pocos confines de la vida cotidiana, en el trabajo, en el estudio, en todos los escenarios. Esta mediocridad contribuye a generar violencia social del más variado tipo.

Palabras clave

Mediocridad, violencia, ética, democracia, ciudadanos, academia.

“Por crítica que sea la situación y las circunstancias en que os encontréis, no debéis desesperar; en las ocasiones en que todo es temible es cuando nada hay que temer; cuando se está rodeado de todos los peligros es cuando no hay que tener miedo de ninguno; cuando se está sin ningún recurso es cuando hay que contar con todos; cuando se es sorprendido es cuando hay que sorprender al enemigo”.

SUN – TSE, *El arte de la guerra*

Los retos que enfrentamos en el camino hacia la paz –recordemos que de hecho el término paz no siempre evoca los mismos significados para todas las personas– no pueden estar desligados de lo que avizoremos como futuro deseable. Y en ese terreno se sitúan entonces nuestras percepciones

sobre lo que debemos hacer, nuestros anhelos y también nuestros proyectos personales y colectivos. Pero una aproximación de esta naturaleza nos exige una actitud particular frente a nuestro qué hacer cotidiano y sobre nuestra responsabilidad con el futuro.

Examinemos inicialmente algunas de las **características de nuestra situación actual como sociedad** y como país, al mismo tiempo que intentemos ver algunos elementos comunes con la comunidad internacional.

Colombia se encuentra sumida en un conflicto armado que data ya de más de cinco decenios, continuación de interminables enfrentamientos sociales

* Ponencia presentada en el Seminario “Empresa, gerencia y paz”, realizado por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, entre el 20 y el 22 de marzo del presente año.

** Profesor asociado, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia.

y militares desde la llegada de los españoles. Si bien podemos hacer diferencias claras entre los distintos tipos de conflictos a lo largo de nuestra historia, sería ingenuo dejar de ver la presencia continuada de la violencia exacerbada a lo largo de nuestra historia.

No obstante existen algunos elementos de nuestra situación actual, que tienden a ser amplificadas en detrimento de otros elementos y aspectos de nuestra realidad que deberían ocupar nuestra atención y nuestras preocupaciones.



El conflicto armado es, efectivamente, el elemento catalizador de la atención de los medios, de los políticos y por esa vía de la ciudadanía en general. De hecho es un flagelo que debemos enfrentar y resolver. El país, la economía, las finanzas, la riqueza natural, la población, las familias, las personas, hemos sufrido las consecuencias de este conflicto armado. Esto es evidente y de ahí su éxito mediático como tema excluyente de las otras grandes tragedias que nos acompañan y que amenazan con desmoronar nuestro espíritu y destruir nuestra capacidad de confrontación y de construcción de otros futuros posibles.

Nuestro país enfrenta una compleja situación en la cual se hacen presentes múltiples temas que deberemos abordar indefectiblemente, pero que al parecer, desaparecerán mágicamente una vez el conflicto armado sea resuelto. La reforma agraria, la concentración de la riqueza, la distribución del ingreso, la corrupción, la equidad social, la justicia y tantos otros temas sociales, económicos y políticos, han venido siendo sistemáticamente marginados de las preocupaciones de nuestra sociedad.

Esto para no referirnos a otros grandes temas que deberían ameritar nuestras reflexiones y nuestros esfuerzos: la dignidad, la construcción de una nueva sociedad, nuestras relaciones con la comunidad internacional, en fin el proyecto de una forma diferente de vivir la existencia.

Pensar el futuro inmediato solamente en términos de la resolución del conflicto armado, resulta conveniente para una gran parte de quienes se nutren de los otros conflictos de nuestra sociedad. Pero también es conveniente para la gran mayoría de personas que se han instalado en el confort de no hacer nada, amparados por la excusa que los demás tam-

poco hacen nada. Nos hemos instalado –y esto no es reciente, solamente que hemos llevado con nosotros a las nuevas generaciones– en el centro mismo de lo que Guy Debord denominara “la sociedad del espectáculo”¹.

Esta aproximación a nuestra realidad, la más próxima, nos coloca en el centro de la existencia y por esa vía resultamos siendo los más sufridos, los más dolorosamente marcados por el destino, los más estigmatizados en el mundo y todas esas otras cosas que solemos

inventarnos para calificar nuestra ignorancia de la situación de otros pueblos y de otros países. En fin, nuestra ignorancia a propósito de la existencia del resto de la humanidad.

La problemática de otras naciones y otros pueblos: el fanatismo religioso, cristiano, musulmán u otro, no nos toca para nada. Las masacres en Argelia, las hambrunas en el África, el conflicto irresuelto del pueblo palestino y la comunidad judía, la castración sistemática de las mujeres en la china comunista, la prostitución infantil como negocio internacional en el sudeste asiático, no pasan de ser noticias en la televisión. Estamos preocupados por la toalla de un señor de sesenta años, por las fórmulas politiqueras de unos candidatos y por la PAZ, con mayúsculas. El mundo somos nosotros, el resto no existe.

Estamos inmersos en el comportamiento colectivo demencial, de romper los lazos con nuestros referentes esenciales. La articulación elemental de individuo–sociedad–especie², se ha roto desde hace ya largo tiempo. Y no son solamente los habitantes de nuestro país quienes hemos operado tal ruptura. Es la sociedad occidental en su conjunto quien en un ejercicio de pérdida del sentido se encuentra en la encrucijada.

Estamos ante una gran contradicción: por un lado una fuerte necesidad de reafirmación en tanto personas, por otro lado una negación colectiva de nuestra existencia como tales y en consecuencia nuestra asi-

1. Debord, Guy. *La société du spectacle*, París: Editions Gallimard, 1992 (primera edición 1967).

2. A este propósito ver Morin, Edgar. *La méthode: L'Humanité de l'humanité*. Tomo 5, París, Editions du Seuil, Noviembre 2001.

milación a masas uniformes, predecibles y manipulables. Una sociedad que habla permanentemente del individuo, pero que habla realmente del individuo privado, privatizado, masificado, no del individuo en tanto persona autónoma, con la capacidad de fundar y vivir en sociedades autónomas.

A este propósito, escucharemos a Octavio Paz en diálogo con Cornelius Castoriadis diciendo, "no hay conspiración, pero todo conspira, en el sentido que todo respira en conjunto, todo respira en la misma dirección: la corrupción que se ha vuelto sistemática, la autonomización de la evolución de la tecnociencia que por supuesto nadie controla, el mercado, la economía, el hecho de que ahora ya no nos preocupa el saber si lo que producimos sirve para cualquier cosa, sino únicamente nos preocupa que sea vendible, e inclusive ni eso, pues si se lo ha producido, se logrará por medio de la publicidad que sea vendido, todos esos fenómenos que conocemos. Es decir, tenemos a la vez una especie de potencia inhumana, sin rostro, un estallido de portadores institucionales e inclusive un avasallamiento de dichos emisarios institucionales a esta tendencia histórica"³.

La Sociedad entera se encuentra en una encrucijada. Luego del fracaso histórico de los proyectos del socialismo realmente existente, nos encontramos en una especie de "pausa histórica", de vacío. "No hay proyecto histórico y al mismo tiempo hay una aceptación de esta situación que por un lado destruye valores y por otro lado transforma la sociedad en sociedad de consumo". Sociedad del desperdicio, agregaríamos nosotros.

El maestro Estanislao Zuleta, en los años ochenta, nos ponía en guardia frente a esta tendencia del comportamiento societal: "Todas estas fantasías serían inocentes e inocuas, si no fuera porque constituyen el modelo de nuestros propósitos y de nuestros anhelos en la vida práctica"....."Puede decirse que nuestro problema no consiste solamente ni principalmente en que no seamos capaces de conquistar lo que nos proponemos, sino en aquello que nos proponemos; que nuestra desgracia no está tanto en la frustración de nuestros deseos, como en la forma misma de desear"⁴.

Es el fenómeno del conformismo generalizado, de la pasividad general. Se ha elevado a nivel de precepto moral, el no hacer nada escudándose en el hecho de que los demás tampoco hacen nada.

Si esta aproximación a la situación actual tiene alguna validez, tendremos que darnos cuenta que no es nuestra situación particular colombiana la que está en crisis. Por supuesto que nuestra situación es grave y delicada. Pero no es refugiándonos en nuestras propias miserias como podremos encontrar el norte para salir de ellas. No es simplificando nuestra sin salida como podremos encontrarle salida a la misma. Es el modelo de sociedad en su conjunto el que está en cuestión y es a partir de allí desde donde podremos construir alternativas para hacerle frente a nuestros retos.

Pero en este contexto, entonces ¿cuáles son **los retos para la Universidad**, ante una situación que rebasa nuestro propio campo de acción inmediata?

Una primera reflexión debe hacernos hablar de la noción misma de Universidad. Es muy frecuente escuchar hablar de la Universidad como se habla de cualquier otra institución u organización. Aún más, se la suele identificar con la empresa, a propósito que hoy estamos hablando de empresas. Aquí es necesario hacer una breve digresión conceptual.

Si bien la Universidad es una organización, es una organización de unas características muy particulares, las cuales le determinan una naturaleza tal, que la distinguen completamente de otro tipo de organizaciones. A diferencia de la mayor parte de organizaciones y particularmente de la empresa industrial, la Universidad debe desarrollar su actividad esencial a partir de sus interrelaciones con la materia viva y activa. Sus "insumos" esenciales, el conocimiento y los estudiantes, las ciencias y los métodos, la filosofía, son a la vez insumos y productos de su actividad. Sin la colaboración activa de ellos los resultados de su accionar, de su existencia, serán magros, superfluos e intrascendentes.

La Universidad hace parte de las organizaciones sociales que están en la base de la reproducción societal, se ubica en el terreno de lo estratégico para una sociedad como quiera que hace parte de los mecanismos de cualificación, reproducción y proyección de la sociedad en su conjunto. En sí misma contiene el pasado de su sociedad, su historia, pero debe reflejar su futuro, en la medida que parte de su misión es pensar el futuro de la sociedad misma. Así su existencia se nos muestre en el presente, ella se debe

3. Castoriadis, Cornelius. *Dialogue*. París, Editions de l'Aube, 1999.

4. Zuleta, Estanislao. *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Ediciones Fundación Estanislao Zuleta, 1994.



al futuro a partir del pasado y no de las afugias del cotidiano inmediato, del mercado.

Por su naturaleza, la Universidad debe ser capaz de existir en el presente, a partir de sus raíces en el pasado, pero en función de unos futuros por decidir. La universalidad es su característica, la libertad es su emblema, la democracia como producto del accionar de los individuos autónomos que la componen debe ser el escenario de su cotidianeidad. De allí se nutre su autonomía, de la coexistencia de múltiples lógicas y

de la complejidad de su misión, de su existencia y de su actividad cotidiana.

En el caso de nuestro país se debe incluir una precisión importante. La diferencia de lo público y lo privado en esta materia, es altamente trascendente. Dadas las características de nuestro aparato educativo y el rol que en él juega la educación privada, debe señalarse, que las diferentes lógicas que las inspiran, hacen que algunas de estas reflexiones no apliquen en una primera aproximación, pero eso no implica que deba renunciarse al papel misional que como universidades les compete a todas, públicas y privadas.

Luego de esta breve digresión conceptual, deberíamos reflexionar sobre lo que suele hacer corrientemente la Universidad hoy en día y particularmente en nuestro medio, aún más, lo que muchos quisieran que terminara haciendo la Universidad.

Lo primero que debe señalarse es que nuestras universidades continúan reproduciendo el esquema ortodoxo cartesiano de las ciencias. En 1637 René Descartes publica el "Discours de la Méthode pour bien conduire sa raison". Le debemos a Auguste Comte (1798 – 1857) el "Tableau synoptique des disciplines scientifiques (1828)". Aún hoy seguimos anclados en esa aproximación al conocimiento. La ciencia se ha desarrollado bajo esos preceptos⁵.

Ya desde 1708 G: B: Vico prevenía sobre las limitaciones y peligros del análisis cartesiano en su

"Discours sur la Méthode de Etudes de notre Temps". Paul Valéry mostraba en 1894, cómo Leonardo De Vinci no se dejaba encerrar por el reduccionismo de los preceptos cartesianos. Por supuesto que posteriormente encontraremos un sin número de autores que han cuestionado y realizado aproximaciones alternativas al positivismo. No obstante nuestras universidades siguen enclaustradas en la ortodoxia de la ciencia simplificadora.

Una de las características mayores de la forma como se ha desarrollado la ciencia occidental, es la desarticulación artificial entre ciencia y filosofía. Entre conocimiento científico y reflexión filosófica. Entre ciencias naturales y ciencias sociales. El hombre por fuera de la naturaleza, la sociedad por fuera de la naturaleza, la ciencia al servicio de ella misma.

El resultado de esta desarticulación es el modelo de desarrollo tecnocientífico que la humanidad se ha dado. Un desarrollo marcado por un destino suicidario: desde la manipulación del átomo al servicio de la destrucción hasta la manipulación genética al servicio de la ambición.

Edgar Morin afirma que si los media producen el cretinismo de bajo nivel, la Universidad produce el cretinismo calificado, de alto nivel. Grave y dura afirmación. Sería conveniente ensayar a demostrar lo contrario, solamente que nos veremos en serios problemas para hacerlo, particularmente si observamos el comportamiento cotidiano, laboral, social y familiar de una gran parte de quienes pasan por las universidades.

No es en los contenidos de lo que enseñamos, tampoco en las lógicas que les son inherentes a los conocimientos que manejamos, es en la forma de organizar los saberes, es en la desarticulación del conocimiento donde se produce la nueva ceguera. Es ese el escenario del tecnócrata moderno. Es allí donde se entiende que la razón haya perdido la razón.

Voltaire desconocería como legítimos a quienes se reclaman de sus preceptos racionales. Asistimos al imperio de la razón por la razón. El tecnócrata moderno se apoya en la "razón" para ejecutar y legitimar su acción. Lo que sucede es que la razón desprovista de un referente moral, un referente ético, un referente de valores, se convierte en una máquina infernal de destrucción. Los pilares de la justicia en los Estados Unidos de Norte América, tienen que ver con la delación. La dignidad humana, la solidaridad, el respeto por la palabra, lo no racional –que no lo irracional– no cuentan, cuenta el resultado.

5. L Jean-louis, "La modelisation des systèmes complexes", Editions DUNOD, Paris, 1999.

“El aspecto enjuiciador de Descartes ha pasado al primer plano. Queremos respuestas simples y absolutas donde existe una inmensa complejidad. La obsesión con la oposición entre falso y verdadero nos conduce a soluciones artificiales, tan tranquilizadoras como la antigua certeza de que el mundo era plano. La obsesión con la eficiencia como valor en sí mismo ha arrastrado gran parte de nuestras economías al caos”⁶.

La Universidad se debate entre las exigencias del mercado, producir tecnócratas eficientes, y sus imperativos históricos y sociales. En muchos casos esa disyuntiva ha terminado definiéndose por la vía fácil: la producción de profesionales, con una mayor o menor capacidad de aprendizaje. Ha sido la respuesta al mercado. Ha sido la respuesta a los bajos instintos, aquellos de la productividad, anteponiéndose a la dignidad y al deber ser desde la óptica social, colectiva, pública.

Pero el deber ser de la Universidad, la respuesta a los retos que se le plantean, si bien ya puede estar definido, deberá ser reconstruido a la luz de las exigencias de las condiciones que nos exige el presente aquí y ahora.

En primera instancia, deberá asumir su papel y no asumir el papel de los individuos o de otras instituciones. Comprender su rol histórico frente a sí misma y frente a la sociedad, es su primer deber.

La Universidad no existe para solucionar problemas coyunturales. La Universidad no existe para dar respuestas. La Universidad existe para formular preguntas, para generar los interrogantes que den luz al accionar social, que den sentido a la acción individual. La Universidad es un escenario para la reflexión y para la acción. Pero la acción es el fuero de los individuos. La acción de la Universidad es garantizar su existencia en tanto Universidad.

“No hay mejor práctica que una buena teoría”, sentenció en su momento Bertrand Roussel.

Pero si estas reflexiones tienen algún sentido “práctico”, es en la medida en que la Universidad se empeñe deliberada y decididamente en la formación de ciudadanos. La formación de ciudadanos libres, autónomos, capaces de construir una sociedad libre y autónoma. Al fin y al cabo el asunto de la felicidad es un problema de los individuos.

De la misma forma que el ser humano es un producto social, nacemos humanos, pero debemos llegar a serlo, debemos ganarnos el puesto, el ser ciudadano también lo es. La ciudadanía no es un producto silvestre, es una construcción deliberada y en ese sentido si la democracia quiere existir y si un Estado se reclama como democrático, es decir signado por ciudadanos, debe forzosamente ocuparse de la educación de sus ciudadanos, para el debate y la participación. Esta es la base de la defensa de la educación pública: la construcción de democracia, la construcción de sociedad.

Quisiera evocar una reflexión a propósito de la educación: “donde hay ignorancia, es decir donde se desconocen los principios básicos de las ciencias, donde las personas crecen sin la capacidad de escribir o leer, donde carecen de vocabulario para expresar sus anhelos y su disconformidad, donde se ven privados de la capacidad de aprender por sí mismos lo que les ayudaría a resolver sus problemas, viéndose en manos de brujos o adivinos que no comparten las fuentes teosóficas de su conocimiento...ahí reina la miseria y no hay libertad”.

La mediocridad a la cual hace referencia el título de esta reflexión, tiene que ver con la práctica cotidiana de esconder la incapacidad personal, en la incapacidad de los otros. Tiene que ver con justificar mis bajos rendimientos en los pobres rendimientos de mis vecinos. Se explica en la medida que para todos es conveniente que nadie lea el informe. Se explica en la medida que mi pobre desempeño es explicado por los bajos rendimientos de los demás. Al fin y al cabo nadie está comprometido. Es mucho más fácil que otros piensen por uno, que otros decidan por uno. De esa forma al menos uno se abroga el derecho de disentir y no tiene que responder por las decisiones.

La mediocridad tiene que ver con el hecho de portar un título que no representa nada diferente a un diferencial de ingresos, cuando eso se logra. Pero en la esencia la persona en cuestión no sabe, no responde, todas las anteriores, vuelva otro día. En fin, la mediocridad es el escenario predilecto de quienes no tienen ningún interés en construir una sociedad viable.

Lo que está en cuestión aquí es el referente ético de los individuos y no sus capacidades específicas. Lo



6. SAUL John Raltson, “Los bastardos de Voltaire”, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1998.

que sucede es que la forma usual como esto se presenta es a partir de las capacidades y las incapacidades de las personas. Pero no nos llamemos a engaños. O se tiene un proyecto de vida que se articula con un proyecto de sociedad, o se está a la espera de un mesías que nos haga la vida más fácil.

El respeto por sí mismo y el amor por la vida. Asumir nuestras limitaciones al mismo tiempo que expresamos nuestros deseos. El maestro Zuleta dirá, "Debemos confesar tranquilamente que nosotros estamos situados en una circunstancia objetiva que no podemos transformar desde el aula".

Ligado profundamente a todo lo anterior y en la medida que se trataba de reflexionar sobre los retos de la academia en este proceso de vida y de muerte, quisiera recordarnos que hay dos cosas que no se pueden enseñar:

...A pensar y a amar

Muchas gracias.

